

**MATERIALISMO Y POLÍTICA\***

**MATERIALISM AND POLITICS**

**Manuel de Landa\*\***

Traducción, presentación y notas por  
**Benjamín Figueroa Lackington\*\*\***

*Para José Tomás, en su recuerdo*

Recibido: 2020-08-12

Aceptado: 2021-06-24

**Presentación**

Problematizar sobre las alternativas teóricas para entender al mundo más allá del idealismo trascendental es, quizás, una de las tareas más difíciles que puede hoy en día asumir la filosofía. Abrir la reflexión más allá del relativismo cognitivo, del solipsismo fenomenológico, o de las formas más vulgares del materialismo es una tarea que Manuel de Landa (1952) ha tomado en su singular proyecto filosófico. Mexicano de nacimiento, pero anglosajón de formación, De Landa se ha propuesto extraer una ontología realista desde la obra de Gilles Deleuze (1925–1995) y Félix Guattari (1930–1992), tentativa que no llama la atención solo por

\* Publicado originalmente en *Deleuze: History and Science* (2010, pp. 29-50). Hay una versión anterior del texto, publicada en *Deleuze and Politics*, texto editado por Ian Buchanan y Nicholas Thoburn (2008, pp. 160-177).

\*\* Escuela de Arquitectura, Princeton University; División de Filosofía, Arte & Pensamiento Crítico, European Graduate School (EGS).

\*\*\* Doctorando (University of Michigan) y licenciado en filosofía (Universidad de Chile). E-Mail: [bfiglack@umich.edu](mailto:bfiglack@umich.edu)

su tremenda actualidad política, sino también por su enorme lucidez y comprensión del pensamiento de estos dos autores.

Desde la idea de agenciamiento (*agencement*), o ensamblaje, De Landa reconstruye o –mejor– *completa* una idea sugerida originalmente por Deleuze y Guattari aunque no desplegada ni extendida a modo de una teoría completa y exhaustiva. Esto no quiere decir que el valor filosófico de la obra de De Landa resida únicamente en el haber hecho comprensible la ontología deleuzeana desde su puro valor textual y literal. Distintamente, a lo que concurrimos en los diferentes textos del filósofo mexicano es a un uso y una sucesiva proyección de la terminología deleuzeana en relación con distintas áreas del saber exacto, natural y matemático. En este sentido, la obra en conjunto de Deleuze y Guattari es llevada más allá de una pura explicación erudita: De Landa nos ofrece un materialismo y un realismo ontológico que conversa, se equilibra y se define desde los marcos conceptuales de las matemáticas y de las ciencias exactas.<sup>1</sup> Por ello, De Landa llama a desechar las nociones amplias y abstractas, las explicaciones y metodologías de análisis cognitivo y ontológico *a priori*, para así poder dar paso a una teoría del ensamblaje (agenciamiento) o, si se quiere –para diferenciarla de las posiciones «genuinas» de Deleuze y Guattari– a una teoría del ensamblaje 2.0 (2006, p. 4).

En este texto que ponemos a disposición del lector hispanohablante, inédito en nuestra lengua, De Landa despliega una crítica al idealismo –hoy en día tan arraigado a las diferentes disciplinas humanistas y ciencias sociales– al mismo tiempo que desplaza la alternativa de recuperar una visión dialéctica-materialista (propia del marxismo ortodoxo) dentro de estos ámbitos del saber. Naturalmente, el objetivo es presentar un realismo ontológico que sea ajeno a los conceptos abstractos desprovistos de un correlato específico («la sociedad» como un *todo*, el «capitalismo», el «mercado», etcétera) para poder advertir la profunda historicidad que subyace a toda identidad (o individualidad) más o menos estable en el mundo. Dicho de otro modo, la pregunta que nos invita a hacer De Landa no es tanto qué es una cosa, cuál es su lugar ontológico invariable, sino *cuáles son los procesos históricos, temporales, materiales que subyacen a todo ente y que le permiten tener una identidad relativamente estable a través del tiempo*. Ya no son las categorías *a priori* ni la dialéctica las herramientas suprahistóricas que nos permiten entender los fenómenos sociales y el origen de la economía de mercado: la reivindicación

<sup>1</sup> Véase, como caso más ejemplar, *Intensive Science and Virtual Philosophy* (De Landa, 2011a).

del materialismo ontológico viene de la mano de una crítica al profundo conservadurismo disciplinario que aún busca y se obsesiona por lo genuino, por lo verdadero, por lo que rebasa cualquier ámbito temporal y niega las transformaciones constantes a las cuales está sometida la materia o, aún peor, que marca una división tajante entre lo humano y lo no-humano (las rocas, los vegetales, los animales, los astros).

Por ello, este artículo se posiciona dentro de una constelación que ve un devenir, una mutación permanente en todo lo que conforma parte de lo pensable, lo decible y lo actuable. Semiología, lingüística y epistemología convergen ontológicamente en un mundo inmanente que no busca causas, explicaciones trascendentes (Dios, la razón, la estructura, las esencias), sino que se «conforma» con el perpetuo movimiento y las infinitas posibilidades de existencia que puede adoptar la materia:

En un sentido muy real, podemos decir que la realidad es un flujo continuo de materia y energía experimentando transiciones críticas, y en las que cada nueva capa de material acumulado enriquece la reserva de dinámicas y combinatorias no lineales disponibles para la generación de nuevas estructuras y procesos. Las rocas y los vientos, los gérmenes y las palabras, son diferentes manifestaciones de esta realidad dinámica y material. En otras palabras, todas estas entidades representan los diferentes caminos por los cuales *un flujo único de materia y energía se expresa a sí mismo* (De Landa 2011, p. 21).

¿Qué sería, entonces, el capitalismo? Una forma de vinculación comercial que tiene un origen histórico preciso y que pudo operar gracias a factores materiales (geográficos y urbanos, principalmente) que lo precedieron. En este sentido, la historia humana se acopla y proyecta desde las infinitas relaciones que pueden inherir en los cuerpos, sean geológicos, sean arquitectónicos, sean orgánicos. La esencia humana de la libertad, las categorías de la razón pura y de la subjetividad autónoma desaparecen de la ecuación cuando vemos que las conformaciones sociales, los fenómenos políticos son tan poco «humanos» como la conformación de una cordillera o de una secuencia de nucleótidos. Con De Landa, para volver a comprender *esta* disputa social, *aquel* problema político, *esa* anomalía lingüística, la respuesta no se halla en escalas absolutas (lo micro y lo macro, como si hubieran entidades objetivamente micro y objetivamente macro) sino en el dinamismo inherente a la materia y a las relaciones que nacen, se desarrollan y se extinguen entre múltiples seres.

Así, pues, a través de esta traducción, pretendemos ofrecer una pequeña muestra de la obra de Manuel de Landa, poco conocida en nues-

tra lengua, y referida particularmente a la hegemonía epistemológica alcanzada por la lingüística y el idealismo ontológico en ciertas disciplinas sociales. Asimismo, este artículo ofrece un pequeño esbozo sobre la historia de la economía de mercado, problematizando el uso de distintas escalas de análisis. Y dado que la noción de ensamblaje opera a lo largo de todo este opúsculo, resulta oportuno señalar algunas de las características básicas que De Landa identifica bajo esta noción:<sup>2</sup>

En primer lugar, todo ensamblaje, todo conjunto o agenciamiento tiene una identidad completamente *histórica* y *contingente*. En tanto se posee una identidad, se es un *individuo*, esto es, una entidad que establece y que es capaz de establecer múltiples relaciones con el común de los seres que lo rodean. Por lo mismo, todo individuo se encuentra en una escala ontológicamente equivalente al resto de las entidades (De Landa 2016, pp. 19-20).<sup>3</sup> Asimismo, la asociación de la individualidad a la identidad ontológica posibilita a De Landa expandir el concepto de individuo (en un principio, privativo de cuerpos natural y «esencialmente» diferenciados, como los individuos de una misma especie) a entidades «colectivas», cuyas identidades son irreductibles a cada una de sus partes.<sup>4</sup>

En segundo lugar, los ensamblajes siempre se componen de elementos heterogéneos (De Landa 2016, p. 20). Podría objetarse –y correctamente– que una comunidad humana está compuesta por un único y mismo tipo de entidad: el ser humano o la persona natural. No obstante, lo que propiamente *define* a una comunidad humana –en tanto ensam-

2 Nótese que aquí hemos tomado la misma sinopsis del concepto de ensamblaje que De Landa desarrolla en el primer capítulo de *Assemblage Theory* (2016).

3 Puede advertirse en esta fórmula el carácter «rizomático» de los ensamblajes, que se definen por relaciones internas de sus componentes que dan lugar a su identidad y que, adicionalmente, puede establecer más conexiones con otros cuerpos y energías que lo rodean. Asimismo, puede también observarse cómo es que bajo esta noción recuperada por De Landa se puede dar una lectura global y comprensiva del pensamiento ontológico de Deleuze y Guattari, ahora reducido a los principios que definen a todo ensamblaje o agenciamiento.

4 Siguiendo a De Landa, una persona es tan individual como una comunidad, como un caldo prebiótico o como un deseo subjetivo (2010, pp. 4-5). Aparentemente, en Deleuze y Guattari la característica que diferencia a un ente, a un individuo de otro, es siempre la potencia, la capacidad o propiedad emergente que adquiere en tanto conjunto material dado (conjunto orgánico, conjunto mineral, conjunto gaseoso, etcétera). Consecuentemente, toda identidad se constituye a partir de las relaciones que la subyacen, que crea y que suprime. Por otra parte, esta idea es a la que precisamente apunta la noción filosófica de «máquina», esto es, una entidad que se define por el producto o efecto de las relaciones que establece o ha ya establecido: la interacción entre un cuerpo humano y una bicicleta da por resultado un conjunto, una máquina, que tiene la particular capacidad de ir a mayor velocidad que cada cuerpo considerado aisladamente; véase Gerald Raunig (2008, pp. 19-21).

blaje— no son solo los cuerpos humanos, sino que también los componentes materiales y simbólicos que existen dentro de ella (construcciones, herramientas de trabajo, costumbres, alimentos, máquinas, íconos, significantes lingüísticos, códigos de conducta, etcétera). De este modo, si observamos las prácticas cotidianas en una vecindad o en un lugar de trabajo, advertimos que ellas siempre ocurren bajo *entramados* específicos, circunstancias o redes que suponen e incluyen a otros objetos materiales y expresivos, aparte de los cuerpos humanos individuales (De Landa 2016, p. 20).

En tercer lugar, todo ensamblaje puede, eventualmente, pasar a formar parte de un ensamblaje, conjunto o agenciamiento mayor. A su vez, un ensamblaje puede componerse por otros ensamblajes, los cuales varían en grados de *codificación y territorialidad*. Estos parámetros designan, a grandes rasgos, los niveles y tipos de organización que existen dentro de un conjunto, el modo en cómo se distribuyen y constituyen sus distintos componentes materiales y energéticos. Por una parte, la territorialización refiere al proceso que *moviliza* a los distintos componentes de un conjunto, de modo tal que los homogeniza y, por extensión, estabiliza la identidad del conjunto que los agrupa. Inversamente, la desterritorialización es el proceso que desestabiliza la identidad de ese mismo ensamblaje al ocasionar movimientos internos de fragmentación y segmentación.<sup>5</sup> Por su parte, la noción de codificación designa un segundo «momento», en el cual los materiales que conforman a un determinado conjunto ofrecen una *expresión* de su misma organización. Dicho de otro modo, la codificación consolida los efectos del primer proceso —la territorialización— al estabilizar ulteriormente la identidad de un ensamblaje mediante la introducción y reproducción de códigos, como los lingüísticos o genéticos (De Landa 2006, p. 15).

En cuarto lugar, existe una suerte de *causalidad bidireccional* al interior de todo ensamblaje: si bien la interacción entre las partes son las que dan lugar a un determinado conjunto, a una determinada identidad o individuo, también este conjunto —una vez alcanzado un cierto grado de estabilidad— opera como un contorno material que es fuente de limitantes y de un «horizonte» de operaciones posibles (De Landa 2016, p. 21). Esto, evidentemente, no supone un «antes» y un «después» temporal: la causalidad que se ejerce desde el ensamblaje hacia las partes y desde las partes hacia el ensamblaje pueden ser coextensiva y simultánea.

5 De Landa señala que es posible que estos dos procesos coexistan dentro de un mismo ensamblaje (2006, p. 12).

Así, por ejemplo, un centro urbano puede surgir por la interacción entre distintos poblados que comparten una cierta proximidad geográfica. Ahora bien, la red de interacciones (comerciales, simbólicas, sociales, lingüísticas) que agrupa ese mismo centro urbano puede ser dirigido y regulado por el poder centralizado emergente: desde la asamblea de una ciudad, compuesta por un número específico de líderes políticos o representantes locales (alcaldes, concejales, etcétera), pueden emerger –deliberada o incidentalmente– códigos o normas que regulan el comercio entre las partes, los procesos de producción, que legitiman o prohíben ciertas prácticas individuales o comunitarias (el matrimonio, el contrato, etcétera), o que incluso establecen parámetros de conducta social (rituales, modales, etcétera).

Si, pues, se analiza un proceso histórico preciso, como lo es el surgimiento en Europa de la economía de mercado, aparecen elementos que no apuntan hacia una «etapa» de la sociedad, la cual vendría transformándose bajo una linealidad específica y manteniendo una identidad ontológicamente invariable (la «sociedad», como una categoría suprahistórica que determinaría el resto de los fenómenos materiales y humanos). Distintamente, a la par de las condiciones «sociales» que precedieron a este proceso inicialmente acotado al espacio mediterráneo, vemos cómo la configuración de las ciudades, la relación que ellas podían establecer en virtud de características geográficas precisas (la proximidad a un litoral y, por extensión, a rutas comerciales intercontinentales) y de los modos en cómo organizaciones internas pudieron manejar la oferta y la demanda, orientaron la emergencia de un modelo económico «capitalista». Bajo este enfoque, el «capitalismo» refiere a un cierto «equilibrio» alcanzado por una red de relaciones entre poblaciones comerciales (las grandes industrias), conjuntos urbanos (ciudades litorales, en un primer momento) y grupos demográficos específicos, cuya «superación» no está sujeta necesaria y mecánicamente al porvenir de una revolución proletaria, sino a las posibilidades mismas de control y transformación de los flujos de dinero y de mercancías dentro de un espacio geográfico determinado.

### **Traducción: Materialismo y política**

La izquierda y el progresismo político han abrazado por la mayor parte de su historia un materialismo filosófico. La aspiración por mejorar las condiciones concretas de la vida diaria de los trabajadores, de asegurar el derecho de las mujeres el control sobre sus propios cuerpos,

de evitar hambrunas y epidemias entre los más necesitados: todos estos anhelos constituían metas dignas que presuponían la existencia de un mundo objetivo en el cual el sufrimiento, la explotación y la exclusión requerían de cambios impulsados por intervenciones igualmente objetivas respecto de la realidad.

En este materialismo existía un espacio para las creencias subjetivas y los deseos, incluyendo aquellos que tendían a opacar los intereses objetivos de esas vidas que exigían una mejora; no obstante, a estas creencias y deseos nunca se les permitió definir propiamente la realidad. La noción de «ideología» podría resultar inadecuada para analizar estas características subjetivas; sin embargo, dicha noción captura el hecho de que hay una realidad material respecto de la cual esos estados subjetivos han de ser contrastados.

Sin embargo, todo cambió más tarde. El idealismo, la posición ontológica según la cual el mundo es un producto de nuestras mentes, pasó de ser una postura profundamente conservadora a ser la norma en muchos departamentos académicos y revistas de investigación: antropólogos culturales llegaron a creer que el defender los derechos de los indígenas implicaba adoptar un idealismo lingüístico y un relativismo epistemológico concordantes; los micro-sociólogos atacaron –y con razón– al concepto de «sociedad armónica» defendido por sus predecesores funcionalistas para luego adoptar una fenomenología idealista; y muchos departamentos académicos, particularmente aquellos nombrados bajo la etiqueta de «estudios» [*studies*], se olvidaron completamente de la vida material y se concentraron, en cambio, en hermenéuticas textuales. Aún peor, este *giro conservador* se ocultó bajo varias capas de frívola e hipócrita radicalidad política [*radical chic*], volviéndose atractivo tanto para estudiantes como incluso para activistas llamados a encontrar un programa político más progresivo.

Se necesitaría un libro entero para documentar estas afirmaciones en el detalle que se merecen. Mas en el espacio de este ensayo, solo puedo dar un único ejemplo que ilustre perfectamente la perversa naturaleza de este giro. El ejemplo en cuestión refiere a un libro que, a primera vista, debería haber reimpulsado al pensamiento político materialista: se trata de *Vigilar y castigar*, de Michel Foucault.

Como es bien sabido, en este texto Foucault analiza una transformación histórica referida a los medios por los cuales una determinada autoridad se impuso, transformación que tuvo lugar en la Europa de los siglos XVII y XVIII al interior de instituciones como las prisiones, las escuelas, los hospitales, los cuarteles y las fábricas. Pese a que la tor-

tura física y la reclusión son mecanismos aún vigentes en nuestra vida contemporánea, ambos procedimientos fueron reemplazados en ciertos sectores de la población por otros mecanismos de represión más sutiles: la parcelación del espacio por la arquitectura y la distribución analítica de los cuerpos humanos, orientada a facilitar tanto el monitoreo como el control; el incremento de la observación y vigilancia sistemática, y el registro constante de cada acto y conducta (Foucault 1979, pp. 195-199).<sup>6</sup>

Al prestar la misma atención tanto a las prácticas discursivas como a las no-discursivas al interior de las diferentes instituciones, Foucault abrió nuevos caminos con este libro, incluso en relación con su propia obra precedente. La práctica discursiva –como su nombre sugiere– es un acto que produce un discurso: el discurso criminológico, el pedagógico, el clínico, el taylorismo (esto es, el discurso de gestión científica). Sin duda, los discursos fueron el tema principal de las publicaciones precedentes de Foucault, por lo que no es extraño que ellos sean aún importantes en *Vigilar y castigar*. Sin embargo, un nuevo grupo de prácticas fueron agregadas a las discursivas, prácticas que incorporaban intervenciones causales [*causal interventions*] sobre el cuerpo humano (empezando por la tortura, pasando por la mutilación, hasta llegar a formas más sutiles de castigo, tales como la imposición de determinadas tareas físicas). Incluso en la sistematicidad del registro, una práctica que podría considerarse discursiva –el caso de la escritura– se mostraría ahora como una actividad eminentemente no-discursiva: ella, la escritura, supone una forma y una logística (el rastrear y consignar la dosificación de medicinas, las visitas a los hospitales, el comportamiento diario y el rendimiento en escuelas y cuarteles militares, el contenido de los almacenes y las materias primas utilizadas en las fábricas), una forma de escritura que sirve como antecedente para quienes desarrollan y producen un discurso, pero que de ningún modo admite un permanente examen hermenéutico, análogo al de los discursos corrientes.

A pesar de que Foucault es claro al distinguir los dos tipos de prácticas, un gran grupo de académicos interesados en su obra consideran a la tortura, al encierro físico, a la disciplina y al monitoreo como *prácticas discursivas*: para ellos, este es el gran logro de Foucault, es decir, el haber advertido que muchas cosas que aparentan ser físicas y materiales pertenecen, en realidad, al ámbito de la lingüística. Esta adulteración [*bastardization*] de Foucault no puede quedar impune, y su distinción original debe ser reivindicada. Dicho en pocas palabras, si bien relacionar un

6 Véase Michel Foucault (2002, pp. 199-203). N. del T.



cierto tipo de crimen (como el robo) con un cierto tipo de castigo (como cortarle la mano al ladrón) es evidentemente una práctica discursiva, el hecho concreto de la mutilación es también una práctica no-discursiva. Esta reducción de lo no-discursivo a lo discursivo (por ejemplo, concebir la mutilación como una «deconstrucción del cuerpo», como alguna vez me señaló un imprecendente académico) constituye, para mí, un síntoma del profundo conservadurismo político enmascarado en una hipócrita radicalidad ideológica [*radical chic*].

Combatir a este giro conservador dentro de las universidades<sup>7</sup> no es el único desafío que enfrenta hoy en día la izquierda. Una tarea más importante consiste en enmendar las deficiencias teóricas que todavía habitan en las múltiples formas de materialismo filosófico. Cuando uno sostiene que el mundo concreto es independiente de la mente, una tarea crucial radica en explicar la relativa estabilidad en la identidad de los seres que habitan ese mundo. Si esta identidad se explica por medio de esencias atemporales, entonces solo hemos dejado entrar al idealismo por la puerta de atrás.

Por lo tanto, un materialismo eficaz y coherente debe tener como arma principal la noción de *síntesis objetiva*, esto es, la idea de que la identidad de esos seres se mantiene y es producto de procesos históricos específicos. En las versiones tradicionales del materialismo filosófico, como es el caso del materialismo marxista, dicha noción –la síntesis objetiva– fue tomada desde el idealismo hegeliano y luego invertida, por decirlo de algún modo. El proceso de síntesis en cuestión fue, por supuesto, la negación de la negación, es decir, la síntesis de los opuestos. Se pretendió aplicar este concepto no solo a los asuntos humanos (las síntesis de nuevas instituciones generadas a partir de conflictos sociales), sino también a la propia naturaleza. Desafortunadamente, una noción de síntesis, formada desde consideraciones *a priori*, está condenada al fracaso si se desea comprender todos los procesos mediante los cuales se genera una identidad, incluso si esta noción se le invierte filosóficamente.

Como parte del rechazo a la dialéctica hegeliana y –más precisamente– a la negación como concepto teórico fundamental, Gilles Deleuze desarrolló nuevas ideas orientadas a la conceptualización de las

7 Hemos omitido la referencia que hace De Landa a las universidades estadounidenses [*American universities*] puesto que me parece que el fenómeno igualmente válido para los departamentos de filosofía, letras y ciencias sociales de Sudamérica y, en buena parte, de Europa. N. del T.

síntesis temporales que subyacerían a las múltiples entidades objetivas. En su colaboración con Félix Guattari, Deleuze desarrolló la idea de un proceso de doble articulación a través del cual se engendrarían las diferentes formaciones [*strata*] geológicas, biológicas y sociales.<sup>8</sup>

La primera de estas articulaciones refiere a la *materialidad de la formación*: la selección de los materiales básicos a partir de los cuales se produce una síntesis (tales como el carbón, el hidrógeno, el nitrógeno, el oxígeno, y el azufre, para el caso de las formaciones biológicas) así como también el proceso de disponer a estos grupos de materiales siguiendo un orden estadístico [*statistical ordering*].

Por su parte, la segunda articulación refiere a la *expresividad de la formación*. En nuestra época, donde la lingüística es un enfoque hegemónico [*heavily linguisticized century*], tendemos a asociar el término «expresión» a la expresión lingüística; ahora bien, en la teoría de la doble articulación esta noción refiere –en cambio– a la expresividad material, esto es, al color, al sonido, a la textura, al movimiento, a la forma geométrica y al resto de las cualidades que hacen de las entidades geológicas o meteorológicas tan radicalmente expresivas. Esta segunda articulación a la que nos referimos es, por lo tanto, el tipo de articulación que cristaliza el aspecto transitorio creado a partir de la materialidad del estrato, y que resulta en una entidad concreta, definida por un grupo de propiedades emergentes<sup>9</sup> que expresan su identidad. En las palabras de Deleuze y Guattari:

Cada estrato presenta fenómenos constitutivos de doble articulación. (...) Lo que no quiere decir en modo alguno que los estratos hablen o sean lenguaje. La *doble articulación* es tan variable que no podemos partir de un modelo general, sino tan sólo de un caso relativamente simple. La primera articulación seleccionaría o extraería, de los flujos-partículas inestables, unidades moleculares o cuasi moleculares metaestables (*sustancias*) a las que impondría un orden estadístico de uniones y sucesiones

8 Nos parece que el concepto de «formación», si bien es más equivoco que «estrato», puede referir al grupo de composiciones materiales que exceden al ámbito puramente geológico, y al cual se refiere específicamente De Landa en este pasaje. Por esta lectura contextualizada, *stratum/strata* seguirá siendo traducido por «formación». N. del T.

9 De Landa define las propiedades emergentes como “propiedades de un todo no poseídas por sus partes. Estas propiedades emergentes son producidas por las interacciones entre los componentes y esto implica que un tratamiento analítico que empiece por el todo y lo diseccione en sus partes (un ecosistema de distintas especies o una sociedad en distintas instituciones) está condenado a dejar fuera precisamente tales propiedades.” (201b, pp. 15-16). Es por ello que este tipo de propiedad, si bien depende de la interacción entre las partes, no es una propiedad *de* las partes consideradas individualmente. N. del T.

(*formas*). La segunda articulación sería la encargada de crear estructuras estables, compactas y funcionales (*formas*), y constituiría los compuestos molares en los que esas estructuras se actualizan al mismo tiempo (*sustancias*). Así, en un estrato geológico, la primera articulación es la “sedimentación”, que amontona unidades de sedimentos cíclicos según un orden estadístico: el *flysch*, con su sucesión de areniscas y de esquistos. La segunda articulación es el “plegamiento”, que crea una estructura funcional estable y asegura el paso de los sedimentos a las rocas sedimentarias (Deleuze & Guattari 1987, pp. 40-41).<sup>10</sup>

Hay, de hecho, un error en el ejemplo ofrecido por Deleuze y Guattari. La síntesis de la roca sedimentaria procede de la acumulación de guijarros [*the sorting out of pebbles*] de diferente tamaño y composición, operación que es llevada a cabo por los ríos que depositan y transportan los materiales básicos [*raw materials*] hacia el fondo del océano. Estos cúmulos de materiales sueltos se unen entre sí y pasan a ser parte de las formaciones de roca sedimentada, esto es, de una entidad con ciertas propiedades emergentes que anteriormente no estaban presentes en los guijarros que la componen. Después, *en una escala diferente*, muchas de estas rocas sedimentadas emergentes se van acumulando unas por sobre las otras, plegándose por los choques entre las placas tectónicas para así producir otra nueva entidad emergente: un sistema de cordilleras como las Rocallosas o el Himalaya.

La facilidad con la que estos errores pueden ser enmendados demuestra que el concepto de doble articulación es resistente frente a simples equívocos y, más fundamentalmente, que es capaz de múltiples variaciones que se adecuan a la complejidad de las formaciones materiales reales. En efecto, lo que realmente importa es no confundir las dos articulaciones con la distinción entre forma y substancia, puesto que cada articulación opera mediante formas y sustancias: aquella solo elige los materiales desde una amplia gama de posibilidades, y les otorga una forma estadística [*statistical form*]; ésta, la substancia, en cambio, le da una forma más estable y produce una nueva y más extensa realidad material, siempre a partir de aquel grupo de materiales parcialmente ordenados. De aquí en adelante me ceñiré a este par de nociones: el primer tipo de articulación lo llamaremos «territoria-

10 Traducción al castellano de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta; véase Gilles Deleuze & Félix Guattari (2004, p. 48). N. del T.

lización», concepto que referirá a la *materialidad formada*;<sup>11</sup> la segunda noción es «codificación», y se referirá a la *expresividad de ese material*.<sup>12</sup>

Podemos ahora resumir la idea de doble síntesis: todas las entidades que habitan en el mundo se generan a partir de procesos temporales específicos, los cuales afectan tanto a su materialidad como a su expresividad (no-lingüística). Todos los seres son, en este sentido, históricos, en tanto este término ya no refiere restrictivamente a la historia humana, sino que también a la historia geológica, biológica e incluso cósmica. Esta historicidad constitutiva implica que todos los entes son realidades inherentemente transitorias: todos ellos pueden sufrir procesos de desestabilización que afecten a su materialidad, su expresividad, o a ambos. En otras palabras, todos los seres pueden estar sujetos a procesos de *desterritorialización y decodificación*. Esto es importante también para el ámbito de la política, puesto que desde esta perspectiva también se pone en juego la posibilidad del cambio social, así como también la historicidad de todas las instituciones sociales. Sea cual sea la opinión que uno tenga sobre el materialismo histórico o dialéctico, debemos reconocer que en este punto tenían razón. Finalmente, queda pendiente

11 Define en otro lugar De Landa: “La territorialización no refiere solamente a la designación de los límites físicos de un conjunto (como el territorio de una comunidad, de una ciudad o de un Estado-nación) sino que también al grado en el cual las partes que componen un ensamblaje son movilizadas [*drawn*] desde un repertorio homogéneo, o el grado con el cual un ensamblaje homogeniza sus propios componentes”. (De Landa 2016, p. 22). Cuando las diferencias internas a un conjunto o ensamblaje se ven disminuidas (es decir, se produce una homogeneización), entonces se dice que la territorialidad aumenta. Inversamente, cuando estas mismas diferencias se disparan y se produce una heterogeneización entre las partes del conjunto, se dice que el ensamblaje está menos territorializado. A propósito de esto, es interesante destacar que un fenómeno políticos e historiográficos como el «orientalismo» pueden ser interpretados bajo esta matriz conceptual: «Oriente» y «Occidente» serían categorías que permitirían generar una distinción entre «ellos» y «nosotros» y, por lo mismo, aumentar el grado de territorialidad que una parte («Occidente») se atribuye a sí misma y a su alteridad («Oriente»). Sobre este fenómeno historiográfico en particular, reconducimos al lector a la obra de Edward Said (2013). N. del T.

12 Por su parte, los procesos de codificación refieren al “rol que juegan ciertos componentes expresivos en un ensamblaje al delimitar [*fixing*] la identidad de un conjunto.” (De Landa 2016, p. 22). Bajo esta perspectiva, De Landa formula algunos ejemplos: “Mientras más despótico es un aparato estatal, más codificaciones se producen: [se producen códigos de] vestimenta, comida, conducta, propiedad, comercio.” (De Landa 2016, pp. 22-23). Por su parte, cuando coexisten distintos códigos (por ejemplo, uno «local» y otro «extranjero» por un dominio político o colonial), se habla de «sobrecodificación». (De Landa 2016, p. 23). Finalmente, la «decodificación» de un ensamblaje designa a un grupo de parámetros de codificación que tienen un bajo valor en su uso o aplicación: “como cuando un animal deja de estar determinado por sus genes, o cuando el comportamiento humano deja de estar completamente especificado por normas escritas.” (De Landa 2016, p. 23). N. del T.

una pregunta sobre el rol que juega el lenguaje dentro de todo esto. En la teoría de la doble articulación, la emergencia histórica del lenguaje es tratada en un modo similar al de la producción de códigos genéticos. Mientras que, previo a la aparición de las criaturas vivas, toda expresión era tridimensional (por ejemplo, la geometría de un cristal constituía la expresión de su identidad), los genes resultan ser una forma de expresión unidimensional, una cadena lineal de nucleótidos, y esta *linearización* permite la especialización de la expresividad material. Como dicen Deleuze y Guattari:

Mientras que la codificación de un estrato precedente era coextensiva al estrato, la del estrato orgánico se desarrolla en una línea independiente y autónoma, que se separa al máximo de la segunda y tercera dimensiones. (...) Lo esencial es la linealidad de la *secuencia nucleica*. (...) El sometimiento del cristal a las tres dimensiones, es decir, su índice de territorialidad, es el responsable de que la estructura no pueda formalmente reproducirse y expresarse, sino que sólo lo haga la superficie accesible, la única desterritorializable. Por el contrario, la preponderancia de una pura línea de expresión en el estrato orgánico va a hacer que el organismo sea capaz a la vez de alcanzar un umbral de desterritorialización mucho más alto, de disponer de un mecanismo de reproducción de todos los detalles de su estructura compleja en el espacio, y de poner todas sus capas internas “topológicamente en contacto” con el exterior, o más bien con el límite polarizado (de ahí el papel particular de la membrana viviente) (Deleuze & Guattari 1987, pp. 59-60).<sup>13</sup>

El lenguaje emerge de una manera similar, con la excepción de que su linealidad [*linearity*] es temporal y no espacial, abrazando una desterritorialización más intensa que lo hace ser aún más independiente de su formación material. Esto es lo que le confiere al lenguaje la capacidad de representar al resto de las formaciones, de traducir “todos los flujos, partículas, códigos y territorialidades de los otros estratos en un sistema de signos suficientemente desterritorializados”<sup>14</sup> (Deleuze & Guattari 1987, p. 62). Y es justamente esta capacidad de representar o traducir a todas las formaciones lo que le proporciona al lenguaje o, más exactamente, a las teorías del lenguaje, sus «pretensiones supremacistas» [*imperialist pretensions*]. Vale decir, la popularización de la lingüística entre las diversas disciplinas [*linguisticization of world-views*], fenómeno que

13 Traducción al castellano de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta; véase Gilles Deleuze & Guattari (2004, 65-66). N. del T.

14 Traducción al castellano de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta; véase Deleuze & Guattari (2004, 68). N. del T.

tuvo lugar en el siglo pasado luego del llamado «giro lingüístico», y que conformó las bases para el rechazo del materialismo y para la expansión del idealismo conservador, puede explicarse mediante la teoría de la doble articulación en tanto aquel fenómeno es un resultado de la particularísima condición de las líneas de expresión especializadas. Así puesto, el poder del lenguaje es admitido a condición de que su extensión ilegítima sea ignorada.

Antes de comenzar a examinar la política desde esta perspectiva materialista, un obstáculo conceptual debe ser removido. Tradicionalmente, las ciencias con mayor relevancia para la política se han dividido en líneas de análisis micro y macro. Por una parte, la economía clásica representaría una aproximación micro, subrayando el plano de las decisiones individuales; por otra parte, la sociología representaría el punto de vista macro, entendiendo a la sociedad como un todo. Sin embargo, estos dos planos llegaron eventualmente a mezclarse e intercambiarse: la microeconomía fue suplementada por la macroeconomía de Keynes, estudiando cantidades macro tales como el producto nacional bruto, la inflación general y las tasas de desempleo; mientras que la macrosociología de Durkheim y Parsons se vio desafiada durante los 60s por los fenomenólogos y por diversas formas de microsociología, enfocadas en procedimientos cotidianos o en los efectos que los estereotipos tendrían sobre la conformación de la experiencia personal. Pero hay algo profundamente erróneo con este tratamiento de lo micro y lo macro en tanto escalas absolutas.

Una aproximación más adecuada consistiría en tratar a estos dos grados *en cuanto relativos a una escala particular*. Las personas son microentidades si uno considera la comunidad de la que forman parte, pero también son macroentidades en tanto se consideran las sensaciones y los sentimientos subpersonales, las creencias y los deseos, a partir de los cuales la personalidad se cristaliza. De igual modo, las comunidades son macroentidades en relación con las personas que lo componen, pero también pueden pasar a formar parte de un todo más grande, como ocurre cuando varias comunidades se unen por medio de alianzas para conformar un único movimiento social [*social justice movement*]. En ese caso, cada comunidad pasa a ser una microentidad, mientras que la coalición completa sería la macroentidad. Las personas igualmente pueden componer una parte de las instituciones, es decir, de las organizaciones que poseen una estructura autoritativa [*authority structure*]. En tal caso, las personas operarían como un micro-nivel, mientras que la organización entera se configuraría como el macro-nivel. Pero, a su vez, las organi-

zaciones pueden componer conjuntos aún mayores, tales como una red industrial de organizaciones económicas, o de un gobierno diferenciado y estructurado por entidades federales, estatales o locales. En ese caso, la red industrial o el gobierno federal serían las macroentidades, mientras que las organizaciones que lo componen serían microentidades.

Por lo mismo, si hacemos de la distinción entre lo micro y lo macro una separación relativa a una proporción específica o, más exactamente, a una relación específica entre las partes y el todo, aquella dificultad conceptual desaparece. Asimismo, empleando esta noción relativizada de la escala podemos pensar en dos articulaciones que operan en los niveles micro y macro de toda gradación. En efecto, Deleuze distingue entre los múltiples niveles en los cuales pueden ocurrir territorializaciones y codificaciones: el individuo, el grupo y el campo social (Deleuze & Parnet 2002, pp. 124, 135). No obstante, estos tres niveles no resultan suficientes si queremos estructurar en detalle una ontología social. En términos generales, lo que ha de ser excluido de la filosofía materialista son las nociones amplias y vagas que intentan dar consistencia [*reified*] a una realidad global, tales como las nociones de «Estado» o de «mercado». Distintamente, términos como «sociedad» o «campo social» no son problemáticos por cuanto siempre pueden referir a conjuntos reales y concretos, tales como las ciudades-estado, las naciones-estado, los reinos o los imperios.

Examinemos con más detalle la doble articulación refiriéndonos ahora a este ámbito, empezando por aquello que llamamos instituciones (prisiones, hospitales, escuelas, cuarteles, fábricas, etcétera). Como ya hemos señalado, todas ellas constituyen el tipo específico de organización cuyas transformaciones –a lo largo de los siglos XVII y XVIII– son analizadas por Foucault. En su libro dedicado al mismo tema, Deleuze diferencia las dos articulaciones comprometidas en la producción de dichas entidades sociales:

Los estratos son formaciones históricas, positivities o empiricidades. «Capas sedimentarias», hechas de cosas y de palabras, de ver y de hablar, de visible y de decible, de superficies de visibilidad y de campos de legibilidad, de contenidos y de expresiones. Estos últimos términos los tomamos prestados de Hjelmslev, pero para aplicarlos a Foucault en un sentido totalmente distinto, puesto que el contenido ya no se confunde con un significado, ni la expresión con un significante. Se trata de una nueva distribución, muy rigurosa. El contenido tiene una forma y una sustancia: por ejemplo, la prisión, y los que están encerrados en ella, los presos (...) La expresión también tiene una forma y una sustancia: por ejemplo, el derecho penal, y la «delincuencia» en tanto que objeto de enunciados. Y

de la misma manera que el derecho penal como forma de expresión define un campo de decibilidad (los enunciados de delincuencia), la prisión como forma de contenido define un lugar de visibilidad (el «panoptismo», es decir, un lugar desde el que en cualquier momento se puede ver todo sin ser visto) (Deleuze 1988, p. 47).<sup>15</sup>

Aquí Deleuze distingue ampliamente las dos articulaciones insertándolas en el marco de lo no-discursivo (territorialización) y de lo discursivo (codificación). Las prácticas no-discursivas de vigilancia y monitoreo, ejercidas al interior de edificios diseñados especialmente para facilitar estas actividades, organizan sus materiales básicos –vale decir, los cuerpos humanos– en categorías criminales, médicas o pedagógicas. Por su parte, las prácticas discursivas, como la de los criminólogos, los doctores o los profesores que producen los discursos en los cuales sus disciplinas se arraigan, consolidan la organización de esos materiales – los cuerpos– a la par que confieren a dichas instituciones una identidad más estable y formada. El único problema con esta diferenciación es el empleo, de manera absoluta, de la distinción micro y macro. Para Deleuze y para Foucault, lo visible y lo decible definen a la «era disciplinaria», esto es, un período histórico que inaugura a toda una «sociedad». Pero al igual que en el caso de las formaciones geológicas que vimos hace un momento, el problema aquí es relativamente fácil de solucionar.

Lo primero que debemos hacer es pensar que las dos articulaciones se aplican sobre una *población de instituciones*, no sobre una «sociedad en conjunto». Asimismo, al grupo de cuerpos procesados (los prisioneros procesados por las prisiones, los estudiantes por las escuelas, los pacientes por los hospitales) debemos añadir el conjunto de personas que componen la estructura de esas instituciones: no solo los guardias, los profesores, los doctores o los enfermeros, sino que todo el staff administrativo. Ellos también son componentes materiales de la organización y, en efecto, están igualmente sujetos a la vigilancia, si bien en un menor grado. Muchas otras organizaciones, como la burocracia o las iglesias, comparten este staff administrativo, pero carecen de un grupo separado de cuerpos destinados al encierro y monitoreo. Ahora bien, todas estas organizaciones tienen algo en común: una *estructura autoritativa*. La autoridad supone dos caras: la legitimidad y la coerción. Foucault se concentra en este último aspecto en un intento por ir más allá del problema de la legitimidad. Sin embargo, y pese a lo importante que fuera para su

15 Traducción al castellano de José Vázquez Pérez; véase Gilles Deleuze (1987, p. 75). N. del T.



trabajo identificar las prácticas coercitivas, también las prácticas de legitimación merecen ser analizadas. Dicho ampliamente, son las prácticas de coerción las que conforman al primer tipo de articulación (esto es, de territorialización, que incluyen no solo las prácticas visibles, como la vigilancia, sino también el disciplinamiento de los cuerpos y el registro de antecedentes biográficos), mientras que las prácticas de legitimación conformarían al segundo tipo de articulación (es decir, de codificación).

Si podemos considerar a Michel Foucault como el primer pensador que conceptualizó correctamente las prácticas coercitivas, es Max Weber quien nos legó el mejor marco de nociones relacionadas a las prácticas de legitimación. Él descubrió que, en una organización donde la actividad humana está sujeta a una *coordinación imperativa*, la sola coerción y los puros beneficios materiales –como, por ejemplo, los salarios– no son suficientes para darle estabilidad a una autoridad. Quienes obedecen deben creer en la legitimidad de las órdenes que reciben, o más exactamente, deben creer en la *legitimidad de las pretensiones de autoridad que se expresan* mediante esas órdenes. Dado que Weber veía en la legitimidad una importante fuente de sumisión voluntaria frente a las normas, clasificó los distintos tipos de autoridad al interior de las organizaciones conforme a dicha idea. A partir de esa clasificación, podemos advertir cómo la coordinación imperativa de la actividad social puede ocurrir en diversas formas contiguas [*continuum of forms*], definidas por «tres modelos» ideales y sus combinaciones.

Dentro de estas formas contiguas, hay un polo o modelo extremo que se articula bajo la idea de una burocracia perfectamente eficiente, en la cual existe una completa separación entre la posición –o función– administrativa y la persona que ejerce esa función o cargo. Más aún, en este modelo la separación entre el titular de un puesto y los recursos asociados a ese mismo puesto está tajantemente pronunciada (Weber 1964a, p. 331).<sup>16</sup> Adicionalmente, las competencias del funcionario o titular son definidas por regulaciones escritas, algunas de las cuales especifican ciertos requisitos técnicos para postular a un cargo y que pueden llegar a exigir entrenamiento sobre áreas especializadas. Los exámenes oficiales que ponen a prueba las capacidades de los titulares ayudan a cristalizar, ulteriormente, la separación entre la posición administrativa y su ocupante. Finalmente, las posiciones o funciones deben conformar notoriamente una estructura jerárquica en la cual las relaciones de subordinación entre puestos (y no personas) están visiblemente es-

16 Véase Max Weber (1964b, p. 174). N. del T.

pecificadas bajo una forma escrita, esto es, bajo bases legales [*in a legal constitution*]. Weber denomina «racional-legal» a este modelo ideal de autoridad, capturando tanto los aspectos técnicos como constitucionales de este orden. En este caso, la obediencia se le rinde al orden impersonal mismo, vale decir, la legitimidad se apoya en una creencia sobre la competencia técnica y legal que pretende tener esta autoridad (Weber 1964a, pp. 328-336).<sup>17</sup>

Otro polo ideal que define este continuo de formas de autoridad es el tipo «tradicional», dentro del cual no existe una separación entre los cargos y los titulares de esos cargos. Para empezar, la obediencia se le debe a la persona que ostenta una posición de autoridad que se justifica en términos de reglas tradicionales y ceremonias que se asumen sagradas. Mientras que las costumbres son las que definen el alcance de la autoridad de un líder, hay igualmente una esfera de prerrogativa personal dentro de la cual el contenido de las órdenes queda abierto y, así, las decisiones u órdenes pueden tornarse arbitrarias. Como señala Weber, “*Dentro de este último [modelo de autoridad] el soberano puede dispensar su “favor” otorgando o retirando su gracia libérrima por inclinaciones o antipatías personales o por decisión puramente personal, arbitrariedad que también puede ser comprada mediante regalos.*” (Weber 1964a, p. 342).<sup>18</sup>

Finalmente, el tercer polo ideal involucra una coordinación imperativa en la cual ni la legalidad abstracta ni la sacralidad son fuentes de legitimidad. En este caso, el individuo que, en virtud de su carisma, es visto como un líder, repudia y rechaza cualquier tipo de control establecido sobre la acción colectiva [*routine control of collective action*].

En realidad, el continuo definido por estos tres tipos ideales (un espacio posible definido por tres singularidades) tenderá a ser conformado por organizaciones que exhiben mezclas de estas tres características. Así, por ejemplo, una burocracia puede ser presidida por un funcionario electo y carismático; un aparato administrativo –en la cual sus reglas han sido instituidas en un principio como medios para un fin– se ha transformado en un fin en sí mismo, esto es, ha sido ritualizado (Weber 1964a, p. 359).<sup>19</sup>

17 Véase Max Weber (1964b, p. 172-177). N. del T.

18 Véase Max Weber (1964b, p. 181). De Landa, en la referencia original, menciona que la cita está en la página 348 (y no en la 342, como hemos señalado). Sin embargo, esta referencia es errónea, por lo que la he modificado debidamente. Asimismo, hemos alterado levemente la traducción de José Medina Echavarría para una mejor comprensión de la cita. N. del T.

19 Véase Max Weber (1964b, pp. 193-194). Aquí no está muy claro a qué pasaje se

Podríamos decir que una institución está territorializada en la medida en que los cuerpos humanos que la componen están organizados en varias escalas jerárquicas. Cuanto mayor es la centralización en la toma de decisiones y cuanto más definida es la separación de los rangos o posiciones, tanto más territorializada se encuentra dicha institución. El grado de territorialización también aumenta cuanto más definidos [obverted]<sup>20</sup> son los castigos aplicados a un cuerpo humano. Por lo tanto, una organización está más territorializada donde la tortura y el encierro indiscriminado son los principales mecanismos mediante los cuales se impone una autoridad. En cambio, cuando la coerción institucional es más difusa y recae sobre formas de represión menos manifiestas, como lo son el monitoreo discreto, el registro silencioso o las simulaciones diarias, decimos que la territorialización es menor.

Por su parte, la segunda articulación modula tanto los discursos generados al interior de estas organizaciones (sean meras narrativas legitimadoras, sean formas de conocimiento que perfeccionan las prácticas de confinamiento) como los modos en cómo sus prácticas se codifican (regulaciones escritas, rutinas diarias sistematizadas, conductas ritualizadas, vestimentas ceremoniales, etcétera). Se dice que una organización está más codificada en tanto más rígidamente especificados están sus procedimientos y rituales.

Foucault enfatizó el hecho de que las organizaciones modernas tienen un doble origen, es decir, que cada una de las dos articulaciones tiene un origen histórico distinto. Las dos articulaciones llegaron a unirse durante la estructuración del Estado napoleónico, el cual fue concertado

por juristas pero también por soldados, consejeros de Estado y oficiales, hombres de ley y hombres de campo. La referencia romana que ha acompañado a esta formación lleva bien consigo este doble índice: los ciudadanos y los legionarios, la ley y la maniobra. Mientras los juristas o los filósofos buscaban en el pacto un modelo primitivo para la construcción o la reconstrucción del cuerpo social, los militares, y con ellos los técnicos de

refiere específicamente De Landa. Por lo mismo, nos hemos restringido a señalar las páginas equivalentes a aquellas originalmente citadas. Asimismo, debemos hacerle notar al lector que el texto original presenta algunos equívocos en las referencias del mismo De Landa, como hemos hecho notar en la nota al pie anterior. N. del T.

20 En la definición dada por el diccionario on-line de Cambridge, el verbo *obvert* ('invertir', 'dar vuelta') no tiene –bajo esa acepción– mucho sentido en el contexto. Por la orientación del pasaje, he decidido hacerlo equivaler a 'definir', en tanto en la oración que sigue también se da a entender que una mayor 'obversión' punitiva significa una mayor claridad y tangibilidad en los castigos. N. del T.

la disciplina, elaboraban los procedimientos para la coerción individual y colectiva de los cuerpos (Foucault 1979, p. 169).<sup>21</sup>

De ser correcto este análisis, está claro que debemos ir más allá de «lo visible y decible» en Deleuze. A pesar de que esta forma de enmarcar el problema puede resultar útil *para la epistemología* (que subraya el rol desempeñado por las organizaciones en el hacer visible ciertos aspectos del comportamiento humano, como el desempeño en tareas, los síntomas médicos, las predisposiciones y responsabilidades personales) y permite, además, su articulación propiamente discursiva, es mucho menos útil si consideramos el plano de lo político, es decir, si pretendemos cambiar el modo en cómo las coordinaciones imperativas sobre la acción humana son llevadas a cabo por las instituciones. En particular, resulta crucial para cualquier proyecto político, orientado a generar cambios reales, el entender la doble fuente histórica de la legitimidad y de la coerción bajo la forma racional-legal (de juristas y soldados). Pero, sobre todo, lo genuinamente fundamental para la política consiste en situar nuestro análisis en una escala adecuada, es decir, debemos evitar el error de pensar que hemos descubierto la esencia de la sociedad disciplinaria, cuando en realidad solo hemos descubierto la manera en cómo se dieron y propagaron –durante los siglos XVII y XVIII– ciertas prácticas de coerción sobre una población.

Veamos cómo podríamos aplicar esta versión extendida de la doble articulación a entidades sociales concretas, como las comunidades locales. Muchas comunidades existen en espacios físicos bien definidos, como lo son los pueblos o los guetos de una gran ciudad. Sus respectivos grados de territorialización pueden ser medidos por la densidad de las conexiones que definen sus redes de parentesco y afinidad. Una red interpersonal en la cual todos se conocen entre todos tiene un alto grado de densidad, otorgándole a la comunidad la capacidad de organizar a la población entre locales y extraños, y a los locales entre aquellos que tienen buena reputación y aquellos que no. Podemos decir que esta operación de clasificación se identifica con el primer tipo de articulación. Por su parte, la segunda articulación engloba a las llamadas expresiones de solidaridad. Ella, la solidaridad, puede expresarse verbalmente (por ejemplo, en un discurso dirigido a la comunidad) o, más claramente, por acciones y comportamientos concretos: ayudar fi-

<sup>21</sup> Traducción al castellano de Aurelio Garzón del Camino; véase Michel Foucault (2002, pp. 174-175). N. del T.

sicamente a alguien, o apoyar emocionalmente a quien lo necesita. Por otra parte, el lenguaje aquí juega un rol primordial en la constitución de la memoria colectiva de esa comunidad, recuperando y reproduciendo historias de resistencia frente a ciertas autoridades, o anécdotas sobre sus conflictos con otras comunidades (Tilly 2002, pp. 28-29). El escuchar regularmente estas historias aumenta la cohesión interna y consolida la identidad comunitaria. Es desde este punto de vista que la narración de anécdotas, en tanto práctica, forma parte de la segunda articulación.

El grado de solidaridad dentro de una comunidad tiene la gran utilidad de ayudarnos a ver hasta qué punto puede esa misma comunidad movilizarse con fines políticos. Previo al surgimiento de las comunicaciones de larga distancia, los movimientos políticos y de resistencia social se apoyaban en esa solidaridad interna para crear distintas coaliciones junto a otros grupos y comunidades. Estas alianzas resultaron decisivas en el momento que surgió la disidencia política ante las transformaciones sociales de los siglos XVII y XVIII, disidencia que se expresó en iniciativas tales como romper las nuevas maquinarias introducidas en los ciclos de producción, en ataques físicos contra los recaudadores de impuestos, y otras expresiones un tanto lejanas a las que hoy estamos acostumbrados. Este fue un cambio en lo que Charles Tilly –sociólogo histórico– denominó *repertorios de contención*: el conjunto de acciones e iniciativas mediante los cuales actores colectivos expresan sus demandas por derechos políticos. Estos repertorios cambiaron dramáticamente durante la Revolución Industrial, momento en el que comenzamos a presenciar “reuniones públicas, manifestaciones, marchas, peticiones colectivas, panfletos, declaraciones en medios de comunicación, uso de símbolos (como parte de una identidad grupal) y la adopción deliberada de consignas o eslóganes políticos.” (Tilly 2002, p. 90). Fue a través de estos mecanismos que los movimientos políticos pudieron expresarse y mostrarse como una fuerza *respetable, unificada, numerosa y comprometida*, esto es, como un impulsor colectivo de demandas, legítimo tanto para sus rivales como para el gobierno.

Evidentemente, estas propiedades –la respetabilidad, la unidad, la numerosidad y el compromiso– pueden expresarse verbalmente: publicar una declaración donde se exponga la cantidad de miembros que apoyan a una causa llamará la atención sobre su sustento numérico, pero si esta declaración verbal se radicaliza y convoca a una multitud de personas a un determinado lugar, esta expresión verbal será aún más dramática. Si bien el grado de unidad de una coalición u organización

puede expresarse con facilidad de manera verbal, es mucho más potente y fuerte cuando la expresión consiste en actos concertados y de apoyo mutuo. Pero ¿a quién se le dirigen todas estas dramáticas y potentes expresiones? Dado que estas expresiones consisten en consignas o reivindicaciones de derechos específicos (como, por ejemplo, el derecho a la negociación colectiva, al voto, a la reunión), la audiencia pretendida típicamente consiste en la organización gubernamental capaz de garantizar esos derechos. Dicho por el mismo Tilly:

Un reclamo o reivindicación se torna político en el momento en que los gobiernos (o, más generalmente, los individuos u organizaciones que controlan los medios concertados de coerción) pasan a ser parte de las reivindicaciones, sea como reclamante, como objeto de reclamo o como parte interesada. Por ejemplo, cuando los líderes de dos grupos étnicos compiten por ser reconocidos como interlocutores válidos de una categoría étnica mayor, inevitablemente el gobierno desde el cual se busca reconocimiento se convierte en una parte interesada. Las discusiones pueden originarse en cualquier parte, pero las discusiones políticas siempre suponen un gobierno, al menos en la forma de un tercero (Tilly 2002, p. 12).

Como ilustra Tilly, para dar una correcta explicación histórica de los movimientos políticos se debe empezar por un análisis más detallado de las entidades sociales, lo que consiste en ir más allá de la triple diferenciación entre individuo, grupo y sociedad. Un punto análogo se aplica para el caso de la economía política: nos hemos acostumbrado a hablar de «la sociedad capitalista» o del «sistema capitalista». En algún momento, estos conceptos eran patrimonio exclusivo de la izquierda política; sin embargo, desde los años 80, la derecha adoptó estas nomenclaturas con la única diferencia que, en vez de demonizarlas, las ensalzó y glorificó. El término «capitalismo» se ha degenerado hasta el punto de que ya es una palabra sacada de un cuento moral. Deleuze y Guattari han intentado darle una nueva vida a este concepto redefiniéndolo como *una axiomática de flujos decodificados y desterritorializados*. El término «axiomático» apunta a crear un contraste entre el capitalismo y el aparato estatal relativamente fijo en su forma de codificación: códigos fijos de comportamiento y de vestimenta para diferentes clases sociales; leyes fijas basadas en escritos arcaicos; repertorios de tecnología fijos y cerrados, reticentes a la innovación, etcétera. Una axiomática es, en el campo de lógica y matemática, un pequeño cuerpo de verdades autoevidentes desde las cuales un número infinito de teoremas pueden ser derivados. De modo similar, el «sistema capitalista» se concibe aquí como capaz de producir un número infinito de nuevas entidades (tecnologías, costumbres, modas, instrumentos fi-

nancieros), las cuales pueden adaptarse y compatibilizar con el sistema en su totalidad (Deleuze & Guattari 1987, pp. 454-455).<sup>22</sup>

No hay duda alguna de que la revolución comercial que se extendió por Europa a partir del siglo XIII, y que la aún más intensa revolución industrial que comenzó en el siglo XVIII, tuvieron efectos de desterritorialización y decodificación de todo tipo. Ahora bien, la pregunta clave es: ¿qué entidades sociales, en específico, sufrieron esos procesos de desterritorialización y decodificación? Desde la perspectiva del materialismo, solo las entidades sociales que de hecho existen pueden ser así afectadas. Por consiguiente, la pregunta pasa a ser: ¿hay algo así como un «sistema capitalista»? Deleuze y Guattari responden que sí. Pero para entenderlo, no tenemos que remitirnos a los teóricos marxistas, para quienes el sistema capitalista resulta ser su propio Edipo (esto es, un pequeño territorio nebuloso e inafrentable). ¿A quién debemos, entonces, creer para comprender el origen del capitalismo? Al grupo de historiadores económicos que no dependen ni rinden cuentas a una determinada tradición ideológica. Fernand Braudel, por ejemplo, afirma que “no debemos asumir rápidamente que el capitalismo abraza a la totalidad de la sociedad occidental, de que es responsable de cada aspecto del tejido social moderno.” (Braudel 1986, p. 630). Y luego dice: “si estamos preparados para realizar una distinción inequívoca entre el capitalismo y la economía de mercado... podrían llegar a aparecer soluciones que extendieran el área de influencia del mercado para así poner a disposición sus beneficios, hasta ahora exclusivos del grupo social dominante.” (Braudel 1986, p. 632).

Palabras fuertes y, sin embargo, ¿quién podría atreverse a sugerir que el capitalismo debe distinguirse inequívocamente de la economía de mercado? Estos dos términos son sinónimos, tanto para la izquierda como para la derecha política. Pero si dejamos de lado los tan populares conceptos generales (como «la sociedad en su conjunto»), y nos concentramos –en cambio– en las poblaciones de organizaciones comerciales, financieras e industriales, entonces esa distinción se torna posible y legítima. Lo que más específicamente sostiene Braudel es que han existido dos dinámicas económicas en Occidente desde la primera revolución comercial: la diferenciación tajante de la venta al por mayor respecto de la venta minoritaria (esto, hasta la segunda mitad del siglo XX), y el fuerte distanciamiento de la gran producción industrial frente a las pequeñas industrias. En otras palabras, Braudel entiende y redefine al concepto de «capitalismo» como un «gran negocio». Personalmente, no creo que las

22 Véase Deleuze & Guattari (2004, pp. 442-443). N. del T.

redefiniciones sean muy útiles, particularmente si se trata de nociones como la de «capitalismo», tan enraizadas en nuestras prácticas discursivas actuales. Pero dejando los problemas del lenguaje aparte, lo que ciertamente nos permite Braudel es considerar una separación entre quienes tienen el poder económico y quienes no lo tienen, en virtud de la extensión y de la escala económica al interior de una determinada población comercial. Así, podemos localizar una de las principales escalas dentro de la cual ocurren desterritorializaciones y decodificaciones.

Una firma industrial, que genera riqueza a través de economías de escala [*economies of scale*], se desterritorializa de diversas maneras. Probablemente, esta firma tiene la forma legal de una sociedad de acciones, esto es, una estructura en la cual el control cotidiano de las operaciones ha sido separado de la propiedad: los gerentes ejercen el control y se mueven libremente de una corporación a otra, mientras que la propiedad se dispersa en los múltiples accionistas. Distinto es el caso de las firmas más pequeñas, las cuales son operadas por un empresario que es a la vez el dueño y el controlador de la empresa. La larga escala de las firmas industriales permite que las corporaciones internalicen una variedad de funciones económicas, sea por medio de una integración vertical (subsuyendo a las empresas proveedoras o distribuidoras), sea por medio de una integración horizontal (comprando firmas de distintas áreas comerciales). La internalización, en cambio, permite que las grandes firmas obtengan una movilidad geográfica que las hace autosuficientes: pueden reubicar sus fábricas o centrales en cualquier parte del país que les ofrezca menores impuestos y salarios. Claro, hoy en día la movilidad ha pasado a ser global, es decir, está más intensamente desterritorializada. En contraste, las firmas pequeñas carecen de esta movilidad, particularmente aquellas que se inscriben en ciertas redes y que dependen de la disponibilidad de mano de obra y de talentos locales.

Pero Braudel también describe otras entidades sociales, activas en diferentes escalas, y de las cuales igualmente podemos decir que han sufrido desterritorializaciones y decodificaciones: las ciudades.

Las ciudades pueden clasificarse de muchas maneras. Ahora, para nosotros valen dos categorías importantes: la primera, las ciudades sin litoral, carentes de una salida directa al mar, que a partir del siglo XVII pasaron a ser las capitales de sus respectivas naciones; la segunda, las ciudades o puertos marítimos que, por estar abiertas al comercio internacional, actúan como puerta de entrada y de salida a un determinado territorio. Previa a la aparición de la locomotora, el transporte marítimo era mucho más rápido que sus contrapartes terrestres, haciendo de las



ciudades-puerto lugares abiertos a áreas geográficas como los mares y los océanos. Por ello, los puertos son zonas o entidades de menor territorialización en comparación a las ciudades carentes de litoral.

Desde las primeras décadas del milenio pasado, estos puertos o ciudades desterritorializadas entraron en redes comerciales dentro de las cuales todo (dinero, bienes, personas, noticias, epidemias, etcétera) pasó a desplazarse a una velocidad mucho mayor. Asimismo, capitales regionales como París, Viena o Madrid, atrajeron a un sinnúmero de inmigrantes provenientes de las regiones subyugadas por estos centros urbanos. Así, con el pasar de los siglos, las capitales regionales lentamente destilaron una cultura regional única, lo cual les permitió tener una identidad bien definida (esto es, pasaron a ser ciudades altamente codificadas). Por otra parte, los centros urbanos marítimos como Venecia, Génova, Lisboa o Ámsterdam no alcanzaron a producir una cultura local bien demarcada, ya que su identidad resultó de una mezcla y de una combinación de múltiples elementos culturales ajenos y provenientes de pueblos lejanos con los cuales tuvieron contacto regular: así pues, estos puertos y repúblicas marítimas desarrollaron una identidad menos codificada (Hohenberg & Lees 1985, pp. 281-282). Según Braudel, fueron estas ciudades las que dieron origen al capitalismo, propiamente entendido.

Finalmente, podemos observar una amplia variedad de efectos de desterritorialización y decodificación en otros niveles, los que van desde la escala de la persona individual hasta llegar a la de las comunidades y de los Estado-naciones. Las comunidades aumentan su grado de territorialización en la medida en que existe una gran densidad de redes de relaciones interpersonales al interior de ellas. En consecuencia, cualquier cosa que disminuya dicha densidad resultará en una desterritorialización. Entre los factores de reducción de la densidad de una comunidad podemos encontrar la movilidad social, factor que fue adquiriendo relevancia a partir del aumento demográfico de la clase media y del desarrollo de una riqueza portátil (el dinero, la deuda en papel, las acciones) a contrapelo de la riqueza inmóvil (la tierra). La disminución de los costos de transporte de largo alcance y el avance en nuevas tecnologías para la comunicación también contribuyeron a los procesos de desterritorialización. Podría seguir nombrando ejemplos que confirman la hipótesis de Deleuze y Guattari, al mismo tiempo que muestro qué tan inadecuado es adscribir a la «sociedad como un todo» (la sociedad como una axiomática) esos procesos de desterritorialización y decodificación.

Ahora bien, ¿por qué estos dos filósofos estaban tan comprometidos con la concepción axiomática de la sociedad? Porque, pienso, se mantuvieron persistentemente devotos de la obsoleta economía política de Marx. Así, por ejemplo, escriben: “Si Marx ha presentado el funcionamiento del capitalismo como una axiomática es sobre todo en el célebre capítulo sobre la baja tendencial de la tasa de beneficio.” (Deleuze & Guattari 1987, p. 463).<sup>23</sup> El problema con este argumento es que esa «tendencia» es completamente ficticia, pues solo se basa en la teoría marxista del valor: si el trabajo asalariado es inherentemente un mecanismo de extracción del plusvalor, es decir, si toda ganancia generada por una industria es –en última instancia– producto del trabajo, y si las máquinas empleadas en esa industria son simplemente la fuerza coagulada de los obreros que las construyen, entonces en la medida en que los burgueses reemplazan a los humanos por máquinas deberá existir una caída en las ganancias. Pero ¿acaso ha demostrado alguien, alguna vez, que una fábrica manejada por robots es incapaz de generar beneficios? Evidentemente, no. Las máquinas también producen valor y ganancias puesto que no son solo un producto del trabajo sino, más fundamentalmente, de la ingeniería, el diseño y la ciencia. Asimismo, la estructura industrial (como el taylorismo) es también una fuente de valor, incluso si acarrea costos bilaterales, como el descontento de una población trabajadora.

El creer en la teoría del valor del trabajo que sustenta aquella idea de «tendencia» en la tasa de ganancias conlleva a Deleuze y a Guattari a negar las afirmaciones bien documentadas de Braudel y, particularmente, su concepción de las metrópolis marítimas como centros urbanos desde los que se generaron las organizaciones comerciales capaces de manipular la oferta y la demanda. Desde la perspectiva marxista, estas actividades al interior de los puertos implicados no podrían haber producido el capitalismo en tanto el comercio y el crédito no producirían valor. Como señalan Deleuze y Guattari:

Existe, pues, una aventura propia de las ciudades en las zonas más intensas de descodificación: por ejemplo, en el mundo egeo de la Antigüedad, en el mundo occidental de la Edad Media y del Renacimiento. ¿No podría decirse que el capitalismo es el fruto de las ciudades, que surge cuando una recodificación urbana tiende a sustituir la sobrecodificación de Estado? Sin embargo, eso no sería cierto. Las ciudades no crean el capitalismo.

<sup>23</sup> Traducción al castellano de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta; véase Deleuze & Guattari (2004, p. 467). N. del T.

Pues *las ciudades comerciantes y bancarias, con su improductividad*, su indiferencia por las regiones del interior, no operan una recodificación sin inhibir también la conjugación general de los flujos descodificados (...) [Por lo tanto] el capitalismo triunfará gracias a la forma-Estado y no gracias a la forma-ciudad. (Deleuze & Guattari 1987, p. 434).<sup>24 25</sup>

Es cierto que algunas organizaciones gubernamentales (no el «Estado») fueron medios para la creación de organizaciones industriales, tal y como hoy en día las conocemos, puesto que la disciplina industrial y la rutinización del trabajo –tan necesarias para las economías de gran escala– tienen un origen militar, nacidas en las armerías y arsenales franceses y estadounidenses. Pero eso ya es una cuestión enteramente diferente, que está más relacionada con la sobrecodificación del trabajo que con los efectos de decodificación de los precios impuestos por la oferta y la demanda.

Teniendo todo esto en cuenta, podemos entender por qué es tan importante localizar al nivel correcto de escala cada ensamblaje (esto es, cada población de organizaciones, como las organizaciones militares para el caso recién considerado). También es necesario apearse a una ontología que se aleje de las generalidades y de los conceptos abstractos. Desafortunadamente, hoy gran parte de la izquierda académica es víctima del doble peligro del abandono del materialismo y de apuntar políticamente hacia generalidades y conceptos abstractos (poder, resistencia, capital, trabajo, etcétera). Todavía es posible que una nueva izquierda brote desde estas cenizas, pero para ello debe recuperar su equilibrio enraizándose en la realidad concreta, subsistente y externa a la mente, y enfocar sus esfuerzos analíticos siempre teniendo presente las escalas correctas de la sociedad. Aquí es donde los filósofos materialistas podrán, algún día, marcar una diferencia.

24 Cursiva añadida. Traducción al castellano de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta; véase Deleuze & Guattari (2004, p. 442). N. del T.

25 En la oración que sigue a esta cita, Deleuze y Guattari continúan citando a Braudel para sostener que los estados territoriales finalmente ganaron la carrera contra las ciudades-Estado. Esto, por supuesto, es cierto, pero no porque las ciudades-Estado hayan facilitado el florecimiento de una axiomática, sino porque ellas ostentaban de una población más grande y, por extensión, de una reserva militar mayor y de una base tributaria aún más grande con la que podían financiar las cada vez más costosas carreras militares. Lo único que podemos concluir de esto es que o Deleuze y Guattari no leyeron los tres volúmenes de Braudel, o que simplemente no entendieron las implicancias de sus descubrimientos. N. del A.

## Referencias bibliográficas

### Presentación y traducción del artículo

- Buchanan, I.; Thoburn, N. (2008). *Deleuze and Politics*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- De Landa, M. (2006). *A New Philosophy of Society: Assemblage Theory and Social Complexity*. Londres/Nueva York: Continuum.
- (2010). *Deleuze: History and Science*. Nueva York: Atropos Press.
- (2011a). *Intensive Science and Virtual Philosophy*. Londres/Nueva York: Bloomsbury Academic.
- (2011b). *Mil años de historia no lineal*. Traducido al castellano por Carlos de Landa Acosta. Barcelona: Gedisa.
- (2016). *Assemblage Theory*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Traducido al castellano por José Vázquez Pérez. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (2004). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Traducido al castellano por José Vázquez Pérez y Umbelina Larrazeleta. Valencia: Pre-Textos.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Traducido al castellano por Aurelio Garzón del Camino. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI.
- Raunig, G. (2008). *Mil máquinas: breve filosofía de las máquinas como movimiento social*. Traducido al castellano por Marcelo Expósito. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Said, E. (2013). *Orientalismo*. Traducido al castellano por María Luisa Fuentes. Barcelona: Random House Mondadori.
- Weber, M. (1964b). *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. Traducido al castellano por José Medina Echavarría. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

### Artículo original

- Braudel, F. (1986). *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century III: The Perspective of the World*. Traducido al inglés por Sian Reynolds. Nueva York: Harper and Row.
- Deleuze, G. (1988). *Foucault*. Traducido al inglés por Seán Hand. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Deleuze, G. & Guattari, F. (1987). *A Thousand Plateaus*. Traducido al inglés por Brian Massumi. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Deleuze, G. & Parnet, C. (2002). *Dialogues II*. Traducido al inglés por Hugh Tomlinson. Nueva York: Columbia University Press.
- Foucault, M. (1979). *Discipline and Punish*. Traducido al inglés por Alan Sheridan. Nueva York: Vintage Books.
- Hohenberg, P. & Lees, L. (1985). *The Making of Urban Europe, 1000-1950*. Cambridge: Harvard University Press.
- Tilly, C. (2002). *Stories, Identities, and Political Change*. Lanham: Rowman and Littlefield.
- Weber, M. (1964a). *The Theory of Social and Economic Organization*. Traducido al inglés por A. M. Henderson y Talcott Parsons. Nueva York: Free Press of Glencoe.